

**Un Pregón en honor a
Nuestra Señora del**

Carmen

pronunciado por

D. Alejandro Miras Borreguero

Parroquia de San José

Puerto de Mazarrón, 12 de julio de 2024

VI Pregón en exaltación a Nuestra Señora del Carmen Patrona del Puerto de Mazarrón.

Quiero oír el eterno canto de las olas abrazando tu escollera. Quiero ser tu faro, y que el sol me acaricie con sus rayos al ocaso. Deseo existir en tus leyendas, en tus piedras y en tus ánforas, que tantos héroes y memorias guardan.

Envidio al náufrago sin tabla por tu orilla. Anhele el romance de la sirena con tu flota, y codicio la noche estrellada pintada sobre tu bahía. Sueño con la Galerica, con tu lonja y tu almadraba; con el crujir de las amarras, fondear en una cala, o con alzar el vuelo como una gaviota tras sentir la arena de tu playa. Con ser génova o trinquete, mayor o tormentín, y luchar contra el fiero Levante, navegando siempre rumbo hacia ti.

Con su permiso, mi Capitana;

Señor cura párroco de San José y Nuestra Señora del Carmen, Patrón Mayor de la Cofradía de Pescadores de esta villa bendecida por el Mediterráneo, Director General de Competitividad y Calidad Turística de la Región de Murcia, Alcalde del Muy Ilustre Ayuntamiento de Mazarrón y respetados miembros de la corporación municipal, autoridades representantes del benemérito Instituto Armado, presidentes y juntas de gobierno de las Hermandades de Penitencia de nuestra Semana Santa marinera, ilustrísimos efectivos aquí presentes de la siempre gloriosa Armada Española, distinguidos pescadores, familia, amigos y vecinos del Puerto de Mazarrón:

Buenas noches a todos.

Hoy Cristo es un niño en la arena jugando junto a su Madre con un barquito de vela. Gracias a los que habéis puesto el mar de vuestra fe ante mis ojos, y habéis llenado de olas la playa de mis palabras. Gracias por depositar vuestra confianza en alguien que se enreda tanto en sus propias redes, y tiene, como vosotros, sus ojos puestos en ese faro que es nuestra Madre: la Virgen del Carmen. Es para mi todo un honor ser la voz que este año exalte a la que es nuestra patrona. Permítanme introducirme hoy como polizón en el navío de sus vidas. Todo buen marino manuscibe su propio cuaderno de bitácora según los mares que navega. Yo disto varias millas de atesorar uno a la altura de los grandes hombres de la mar que hoy aquí se citan, pero con la ayuda de Nuestra Señora, espero salpicar con sus olas vuestro corazón e invadir el rompeolas de vuestras emociones. Es a Ella, a quien deseo saludar por mi amura de estribor, pues su gloria se alza al viento con aroma a sal y espuma.

Cuando hablamos del Carmen visitamos el Jardín de Dios, y nos sumergimos en un océano de amor ardiente. Somos tripulantes de un buque insignia, portando junto a nosotros, siempre, el escapulario de Nuestra Madre. Este distintivo es santo refugio en la tormenta, y en cada lágrima, un canto que nuestra fe siempre sustenta. Dos piezas de tela unidas como lazos por su amor, en las que en cada costura y hebra, se entrelaza su divina protección.

Atrás queda en las mareas del tiempo aquel pequeño grupo de peregrinos y cruzados despojados de armadura, que movidos por Elías y reconvertidos en ermitaños, decidieron levantar en lo alto del Monte Carmelo un altar dedicado a María. A la vera de la fuente del Profeta recibirían una norma de vida, por parte del Patriarca de Jerusalén, que más tarde, sería ratificada por el Papa. No muchos años después Tierra Santa caería en manos del fiero mahometismo. La pérdida del Monte Carmelo supuso la expansión final de la nueva orden por toda Europa, no sin dificultades. Pero la Virgen, que nunca abandona a sus marineros, respondería a las oraciones de San Simón Stok entregándole el mayor de los tesoros. Sería él quien por primera vez la

interpelase en sus plegarias como la Estrella de los Mares. Después llegaría Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, el Carmelo Descalzo y la Orden Tercera. Hoy en día la familia carmelita se extiende por los cinco continentes, difundiendo su carisma y extendiendo por todo el mundo la devoción a Nuestra Señora del Monte Carmelo.

La Virgen del Carmen es, para mí, una Madre que siempre acude al auxilio de sus hijos. Es la seguridad de consultar una infalible carta náutica, confiar en una buena amarra, o divisar la luz de nuestro faro quebrantando la noche más oscura. Pero Carmen, igualmente, es el azul infinito de la mar, o la espuma inmaculada de la ola que rompe a barlovento tras atacarla por la amura. Ella es el clamor desmedido de una buena faena tras semanas sin fortuna, y es también, fortaleza, como las torres vigías de Santa Isabel o Santa Elena. Es navegar con rumbo a Jesús por María. Y como no podía ser de otra forma es, además, un muelle donde reencontrarme con la familia. Aprendí a querer pronto a la Estrella de los Mares, pues desde pequeño el salitre de su amor impregnó mi corazón, movido por la fe de mis mayores.

Acompáñenme por un momento tierra adentro, hasta Cáceres, a los pies del Santuario de la Virgen de la Montaña. Muchos años atrás, una niña recurría al refugio del santo escapulario de Nuestra Señora ante el lecho de muerte de su madre. Las adversidades de la vida la conducirían a Madrid, y pronto mostraría una vocación por el Carmelo, que sorprendería hasta a Santa Maravillas. Con dieciocho años ingresaría en las Hermanas de los Ángeles Custodios, y a los veintidós abandonaría España para poner rumbo a Argentina. No sería hasta pasados los cincuenta, cuando ingresaría al Carmelo Descalzo en Buenos Aires, tras encenderse de nuevo en ella la feroz llamarada carmelita.

Décadas más tarde, un joven de aquella cuna de conquistadores se enrolaría en la Marina. Nunca había embarcado en navío y apenas sabía nadar; pero ganando

barlovento, rugiendo, amenazando a la ola, soplando serena la brisa su vida por España a los mares entregó, y por Ella, al peligro se ofreció. Poco tardó en enamorarse de la estela que dejan las olas de proa, y encontró, en la Virgen del Carmen, un puerto seguro donde poder resguardarse. Su compromiso y cualidades como artillero le llevarían a servir en las más distinguidas unidades de superficie de nuestra Armada, así como a defender los intereses nacionales en las aguas del Sáhara. Entre cañones de cinco pulgadas dominaría la rosa de los vientos, en destructores como el Lepanto, el Oquendo o el Alcalá Galiano. Y con la soledad de cada guardia, en el castillo de proa, recitaba algunos versos como estos:

Capitana de almas y mares
de la Armada Norte y Guía,
donde la espuma hace altares
entre amuras y crujía.

Bajo el cielo estrellado
y en las aguas de la mar,
tu escapulario sagrado
es mi guía y es tu altar.

Protege a los marineros
que defienden nuestra tierra
y a los valientes guerreros
que en la mar libran su guerra.

En las aguas profundas y frías
donde los submarinos se esconden,
Virgen del Carmen, tus guías
a cada marino responden.

Y en cada misión confiada
la Armada te tiene en mente,
Madre del Carmen, sagrada,
tu manto siempre presente.

Pues en cada ola y viento
la Armada te canta fiel,
Virgen del Carmen, aliento,
en la muerte y en el laurel.

Al que patrulla las olas
y al que pesca noche y día,
sean tus ojos serviolas
y redes de Ave Marías.

Así en la mar y en la gloria
tu nombre siempre enarbola:
la fe, el amor y la historia
de nuestra Armada Española.

Este marino también reservaría un amarre en la dársena de su corazón para una mujer; y quiso el servicio a la patria que un día arribasen, como diría Cervantes, al puerto a quien los de Cartago dieron nombre, cerrado a todos vientos y encubierto. A cuyo claro y singular renombre se postran cuantos puertos el mar baña, descubre el sol y ha navegado el hombre. Allí nacería en el Real Hospital de la Marina su hija mayor y una niña de cabello rubio que hoy es angelito en el Carmelo del cielo. Desde Cartagena trimaron jarcias y navegaron en demanda de San Fernando, para atracar después en Santa Cruz y finalmente, tras hacer escala de nuevo en la ciudad trimilenaria, echar amarras en el Puerto de Mazarrón.

Por aquel entonces en estas aguas la Armada, apoyada en la Ayudantía Militar de Marina, tenía como principal cometido garantizar el orden la actividad marítima, así como supervisar y regular la pesca. Cuántas anécdotas habré escuchado, en las que nuestros pescadores temían ver la gorra de plato de este Suboficial y directamente, a su paso, escondían o tiraban el pescado. A veces la relación era tensa, pues algún que otro pescador pasaría la noche en la gayola tras pescar, sin lincencia, más de un atún. Pero pronto haría del Puerto de Mazarrón su base, entre melvas y boquerones, traídos a nuestra lonja por el lance del arrastre, el cerco o el palangre. Pasaron los años y no volvió a navegar otros mares, y quiso la Virgen del Carmen que bajo su escapulario se forjase el estrecho vínculo que une a esta familia con la Cofradía de Pescadores.

Son tantos los marinos que se han enamorado de estas aguas buscando sus riquezas, que creo que es imposible resistir al canto de sus sirenas. La Bahía de Mazarrón es uno de esos lugares que llevan la espuma de la mar calada en su Historia. Desde tiempos prehistóricos ha existido la actividad pesquera en esta tierra, pues sus primeros pobladores ya usaban primitivos arpones y lascas para sus capturas. Más tarde llegarían los fenicios, impulsando una verdadera actividad marítima, y dejándonos, bajo las aguas de La Isla como legado de su esplendor, el pecio completo más antiguo jamás descubierto. Después les sucederían los cartagineses, y a

continuación, desembarcarían los romanos. Con la gloria de Roma, nuestro Puerto alcanzaría su mayor esplendor en época antigua, y con ella llegaría el salazón, la almadraba, el garum y las salinas. Gran parte de todo el conocimiento que tenemos de este pasado es gracias a las manos llenas de polvo de un hombre de barba blanca que entregó su vida a la arqueología. Con sus historias de tesoros conseguía que los niños de cada colegio soñásemos con ser arqueólogos, y todavía hoy su memoria resuena entre los restos de cada yacimiento.

Es evidente que a lo largo de los siglos hemos aprendido a vivir por y para la mar. Nuestra filosofía de boyas, redes, muelles y velas no nos ha dejado ser de otra manera. Somos herederos de numerosas actividades de los pueblos de la Antigüedad, de las cuales algunas todavía siguen vivas en la línea del tiempo de la Bahía. Como nuestra almadraba de La Azohía, última del Mediterráneo y bien cultural, cuya levanta nos ofrece en periodo estival un auténtico espectáculo. Sin embargo, otras han desaparecido, como las salinas. Hasta hace no muchas décadas sus balsas y altas montañas de sal dominaban el paisaje de la línea paralela a la costa. Y al caer la tarde, filas de jóvenes procedentes de Nares aprovechaban los pasos entre ellas para llegar al Puerto, y disfrutar de sus largas noches de verano.

Al igual que tantos, yo, desde temprana edad, ya mostraba una pasión insaciable por nuestra mar. Todavía recuerdo esas lentas tardes de julio, en las que mi madre se enfadaba porque no había manera de arrastraerme hasta la orilla. Tal era mi obsesión por abrazar la brisa del mar que con siete años ya sentí la necesidad de surcar estos mares, en la escuela de vela “El Contramaestre”. Navegué desde La Isla a Cabo Tiñoso, pasando por el Alamillo y El Gachero; así como por La Manga, Calpe o Altea, formando mi primera travesía marinera. No puedo olvidar aquellas mañanas de regatas, en cuya salida, antes de que se enarbolase la última bandera, siempre me acordaba de Ella. Fue a partir de esos años, cuando entendí que al hablar de la mar

hay que hacerlo sin imposturas, sin poses. Debemos amarla sin medida, pero sin olvidar que también hay que temerla y respetarla.

El mar. La mar.

El mar. ¡Solo la mar!

La mar, siempre en femenino, evoca la unión entre el cariño de un pescador entre redes y su faena. En cambio, el mar en masculino, recuerda a esa visión más generalizada que poseen aquellos distantes a ella.

Con el paso del tiempo, un día la vocación quiso que cambiase gaviotas por cigüeñas, y seis años en la diáspora marinera no han sido suficientes para olvidar el amor que siento por esta tierra. Somos muchos los jóvenes que hoy en día nos vemos obligados a abandonar nuestro pueblo, con la ilusión de terminar una carrera o alcanzar una meta. Algunos nos hemos ido en coche, y otros sobre dos ruedas, pero siempre, allá donde vayamos, llevamos contra viento y marea a nuestro Puerto por bandera. Y a ti, Madre del Carmen, pues cuando te he necesitado has estado ahí para acercarme el cabo auxiliar que necesitaba. En estos años he descubierto que volver a casa es sentir de nuevo la emoción de escuchar el oleaje. Es saludar después de un tiempo a la Galerica, y preguntarle cuántos barcos ha visto en el transcurso del día. Es caminar por el Bolnuevo, perderse en sus Gredas, y entre sus redes y barcas, reencontrarte con aquellos que echabas en falta. Es intentar sobrevivir al divisar el salto de una ballena, o al contemplar un atardecer desde lo alto de Santa Elena. Es pasear hasta la punta del Rihuete, imaginando sus viejas tortugas, y es saborear una corvina recién traída desde el muelle.

Así pues, para los que llevamos la sal en la piel, es volver a esta orilla que nos vio nacer. Sin embargo, a veces regresar a casa supone comprobar que del hogar que recordabas, ya solo existe el recuerdo de una vieja postal perdida en el tiempo. Como

la efervescencia de las sesiones de estreno en el cine Serrano y Avenida, o el bullicio de locales como el Balandro, los Porches y el Lagarto, que nunca pude descubrir. De igual manera, atrás queda en la memoria el ambiente familiar, que se vivía, a la vera de la fuente de la Plaza de las Comunidades. Incluso estampas más lejanas, como cuando el paseo era custodiado por una hilera de casas de planta baja y farolas con clase frente a una carretera prácticamente levantada sobre la arena de la playa. Lugares hoy desaparecidos como La Peña o la antigua Plaza de Abastos al igual que celebraciones, como las de la Virgen de Agosto, todavía perduran en la nostalgia de veteranas generaciones que anhelan atracar de nuevo en el pasado.

Lejana surca las mareas del tiempo la imagen de ese Puerto sin espigón, con su flota fondeada, indefensa, frente al cabezo del faro. Formada por célebres barcos, como el Pedro y Luciano de los Jaloques, que a día de hoy sueña desde tierra con volver a navegar. Y con su antigua lonja, cuyos arcos se abrían a la mar. Todavía se pueden ver a los pescadores desencallando sus naves tras un fuerte temporal. O remendando sus redes junto a San Pedro, en la pequeña playa, ya extinta, frente al edificio de la Aduana; pues con el Carmen está el Apóstol faenando con los que partieron, y jamás volvieron. En nuestros recuerdos aún resuenan historias de cuando los hombres se hacían a la mar y sus mujeres, a duermevela, soñaban con esa brisa que devolviese de vuelta a sus amores. Sabían que bajo el manto de la Virgen del Carmen había refugio y consuelo, y que cada lágrima era un canto que se elevaba hasta su cielo. En el vaivén de las olas resonaban sus plegarias, y en los mares, las colas, de sus esperas extraordinarias. Cuando las redes se llenaban de pesca, y los marineros venían de vuelta, estas mujeres agradecían entre susurros su protección; germinando así, las raíces, de su amor y devoción. Qué gran acierto tuvieron las gentes de la mar de tomar a la Virgen del Carmen como Patrona Mayor de sus destinos.

Todos tenemos en el corazón esta imagen de María, sonriente, con el Pequeño Rey en brazos navegando sobre su barco. Pero para algunos nuestra Estrella de los Mares

también lleva lágrimas, camino del Calvario, portando siempre en la mano su santo escapulario. Sevilla se convierte cada Miércoles Santo en una bahía, desde la Calle Feria, con nazarenos de marrón y blanco. Triana o Macarena son nombres que a todos nos resuenan en el imaginario, pero allí Carmen es también Virgen Dolorosa que navega bajo palio. Desde estas millas que nos separan, cada día es un suspiro para volver a sentarme a su lado y decirle que no hay imagen más perfecta, que la que nace del seno de su grandiosa belleza.

Ave María del Amor, con julio al palo mayor. Poco más queda que decirte hasta que salga a esperarte la tarde, pues la brisa se inquieta, con el sol poniente que arde, por verte asomá a tu puerta. Pronto toda la flota se engalanará, y las gaviotas, con su alto vuelo, tu salida anunciarán. Con tu imagen partiremos a la mar, mientras las olas te susurran una dulce oración, y Tú, un año más, nos otorgarás la bendición. En el Alonso y María desde Bolnuevo a Isla Plana, navegando por la Isla, Playa Grande y el Mojón: toda la Bahía, te proclamará, patrona del Puerto de Almazarrón. Y con el ocaso las estrellas emergerán, en la bóveda celestial, coronándote, y celebrando tu regreso triunfal.

De ti me despido, Carmen de nuestra vidas. Dime tú, Madre querida, si eres el faro de mis días que anuncia en la vigilia la llegada a nueva bahía. Solo, tú, mi compañía, en la aurora de mi vida, sin ocaso que adivina que el final está en tu vuelo, desde Belén al Carmelo, que es el puerto al que caminas. Dime tú Reina del Carmen si hay mayor alegría que poder a ti acercarme, y decirte Dios te Salve, y decirte que te quiero, a ti, Madre del Carmelo, con un beso que te diga, que a ti entrego mi vida, para sentirme en tu cielo.

Salve Estrella de los Mares.

